

## LA HUERFANITA

### I

¿Por qué estará triste  
 Esa niña que juega en el prado:  
 La de ojos azules,  
 Como el lino florido del campo,  
 La de pelo más rubio que el trigo  
 Cuando bebe de estío los rayos?  
 ¿Qué tiene en sus ojos?  
 ¿Qué tiene en sus labios?  
 Sus miradas son soles de invierno;  
 Sus sonrisas, remedos de llanto,  
 Si canta en el corro  
 Cuando juega al álamo,  
 Yo no sé lo que tienen sus ritmos,  
 Monótonos, lánguidos,  
 Que me suenan a brisas que mueven  
 Los cipreses de algún camposanto.  
 Es esquiva cual ave encelada,  
 Es callada cual hondo remanso,  
 Recelosa cual ciervo, que inquietan  
 Aun las mansas quietudes de un páramo.  
 A veces se queda  
 Pensando, pensando,  
 Sin que digan sus ojos qué piensa,  
 Sin que borde la risa sus labios.  
 ¿Es que rumia nacientes amores?  
 ¿Saborea las sales amargas de un llanto?  
 ¿Por qué estará triste  
 Esa niña que juega en el prado?

### II

En el prado jugaba una tarde,  
 Con sus dos amiguitas al aro.  
 El sol se miraba

En sus blondos cabellos dorados;  
 Y el aura amorosa  
 Resbalaba, sus bucles besando,  
 Cual resbala besando los trigos,  
 Como riza las ondas serenas de un lago.  
 Corría, corría  
 Con gallarda soltura de gamo,  
 Y tocó sudorosa la meta,  
 Victoria cantando;  
 Y celosas quedaron las otras,  
 Y celosos quedaron sus aros;  
 Se oyeron protestas  
 Y serios reclamos:  
 Y al sentir de sus madres las voces,  
 Como dos golondrinas, volando,  
 Se acogieron las dos amiguitas  
 Al calor de materno regazo.  
 Y la niña de azules ojuelos,  
 Más azules que el lino del campo,  
 Las miró impasible  
 Abrazada al aro,  
 Y escuchó los chasquidos de besos,  
 Y después, cual si espectro miedoso  
 La fuera acosando,  
 Se internó en el sombrío bosque  
 Y en astillas deshízose el aro.  
 Y sus ojos dos lágrimas dieron  
 Que su tez nacarina escaldaron;  
 Dos gotas de fuego  
 Que bajaban medrosas, temblando,  
 Y arrastraban la hiel que elabora  
 En el fondo del pecho el quebranto.  
 ¿Por qué vertería  
 Esas gotas tan tristes de llanto?  
 ¿No estaba su madre?

¿No tuvo un regazo  
Que apagara esas gotas de fuego  
En el mar de maternos abrazos?

## III

¡Pobre niña! No tiene ya madre,  
Porque hace dos años  
Que su cuerpo se pudre en la tierra,  
Que sus huesos el jugo están dando  
A dos altos cipreses que guardan  
Una tumba vestida de mármol.  
Dicen que su madre,  
Al sentir de la muerte los fríos abrazos,  
Quiso dar un adiós a su hija  
Que a su lado lloraba rezando;  
Miróla con ojos  
Vidriosos, quebrados,  
Y tocó de la niña la boca  
Con el hielo glacial de sus labios;  
Quiso bendecirla,  
Alzar quiso los débiles brazos,  
Mas sus brazos quedaron inmóviles,  
Un suspiro quedó entre sus labios,  
Y.... bendíjola, sí, desde el cielo,  
Porque era una santa y allí van los santos.  
Muchas horas quedóse la niña  
Los vestidos y el alma empapando  
En aquellos olores de muerte,  
Que dan el aroma de los desengaños;  
En aquellas tristezas sublimes,  
Que al alma van dando  
Seis cirios que lloran  
A un cuerpo de mármol.  
Desde entonces el sol de las penas  
Baña siempre con pálido rayo

Aquel cuerpo gentil, que parece  
De suspiros y espumas formado;  
Desde entonces los días de fiesta  
Baja al camposanto,  
Y cruzadas las dos manecitas,  
Reza por su madre, llorando, un rosario;  
Consuélese luégo  
Al mirar los cipreses lozanos,  
Que crecen, que crecen,  
Tan altos, tan altos.  
¡Pobre niña, sin duda no sabe  
Por qué crecen tanto!  
Desde entonces parece que lleva  
Con fuego grabado,  
El mirar de su madre en los ojos,  
Y aquel beso de nieve en sus labios.

Por eso está triste  
Esa niña que juega en el prado;  
La de ojos azules,  
Como el lino florido del campo;  
Sus miradas son soles de invierno,  
Sus sonrisas remedos de llanto,  
Y por eso, si canta en el corro,  
Cuando juega al álamo,  
Son sus ritmos de brisas que mueven  
Los cipreses de aquel camposanto.

ALBERTO RISCO, S. J.

